

FR. GERUNDIO.



CARTA DE SAN LUCAS A FR. GERUNDIO.



El segundo de los Evangelistas, á tí el Noe del diluvio español fraileesco, salud, impavidez y longanimidad para proseguir en tu santa mision.

No dejará de sorprenderte hermano Reverendísimo, el que tengamos por acá noticia de tí y de tus capilladas; mas para tu gobierno ten entendido que ninguna deja de leerse en la Córte celestial. Aqui estábamos sin saber con certeza lo que pasaba en España, que es la nacion que hace algun tiempo está llamando nuestra atencion y curiosidad; porque todos los periódicos que leiamos

los hallábamlos parciales y dictados por el espíritu de un partido; cuando se difundió por los ríes la voz de que se había empezado á publicar uno que decía la verdad desnuda, y que era como el evangelio político. Todos mostraron luego deseo de leerle, pero á mí como evangelista, me picó más la curiosidad, y animé á los compañeros á que enviásemos uno de nuestros correos extraordinarios á recoger la capillada cáda día que saliese, porque aguardar á que nos la tragera alguno que viniese de la tierra, era pensar en lo escusado, pues han dado en escasear tanto los viajeros de ese valle de lágrimas á este lugar de risas, que ya casi no nos acordamos cómo son los hombres; y si sigue esta incomunicación, me temo que el camino del cielo, ya él por sí áspero y espinoso, se va á poner enteramente intransitable.

Tampoco habrás discurrido, hermano carísimo, la maña y forma que nos daremos para disfrutar de tus capilladas sin suscribimos, y sin tener que andar mendigándolas de otros como hacen muchos en ese suelo, ajándolas y sobándolas en términos de imposibilitar á los suscritores la encuadernación que pensaban hacer. Nosotros las leemos vírgenes; ¿No has advertido tú mismo que te desaparecen muchas de las cajas de correos? Bien sé que sí: y que lo has atribuido, como era natural, á causas puramente humanas, como Don Quijote lo hubiera achacado á encantamiento; pero yo te advierto para que no hagas juicios temerarios de los pobres

empleados en correos, que es todo cosa del cielo, es el Angel-correo, ó por otro nombre el Anjel de las Capilladas, que nosotros enviamos, el que las estrae con mucha sutileza, unas veces de una caja, otras de otra, y tomándo en ocasiones tres ó cuatro, para dar á los amigos. Si no fuese así, ¿cómo te parece que te habian de faltar tantas?

Dime: ¿Qué he hecho yo á vuestro gobierno para tenerme tan desairado? Yo, que era el santo que debia estar mas favorecido, y ser el mas célebre y acatado, me voy quedando (quién lo creyera?) sin nombre y sin representacion! Ya no se sabe cuando es San Lucas. Aquel dia solemne, en que se abrian á la juventud los templos de la sabiduría, en que se daba principio á las tareas literarias (acaso demasiado tiempo interrumpidas), en que mil profesores á un tiempo con elocuentes discursos hacian resonar las bóvedas de las academias, y escitaban á los jóvenes al estudio y á la aplicacion, es ya un dia oscuro, un dia mudo, un dia que se confunde con los demas dias. Tú mismo, Gerundio mio, me has honrado muchos años con discursos académicos, y ahora callas tambien. Este año, ya que tu posición no te permite celebrarme de aquel modo, esperaba que al ver pasar mi dia sin abrirse los estudios, me hubieras obsequiado con dar una fuerte capillada á los que me tienen en este abandono y olvido. Pero no lo has hecho así, y esta queja es la que me ha movido á escribirte esta epístola.

Tu mismo, que eres el hombre mas franco que conocemos, me dirás ingenuamente: ¿no debía esperarse mas proteccion á los estudios, á las ciencias, á toda clase de ilustracion, de un gobierno que profesa de disipador de las tinieblas, de la ignorancia y del error, y de propagador de las luces, de la sabiduria y de la verdad? Y qué es lo que hasta ahora ha hecho para acreditarse de tal? Llenar de remiendos el plan de estudios, como tú dijiste oportunamente en tu capillada 3.^a en aquel artículo que titulaste *los remiendos de mi lego*, que hizo deponer su seriedad natural al mismo Padre eterno, y echar una carcajada como un muchacho; si hubieras visto reir á S. Pascual Bailon! pero vamos al caso. El año pasado, despues de desechar algunos planes de estudios (á la verdad bien desechados) publicó vuestro gobierno uno, que no era del todo malo, pero que para enseñarse por él se necesitaba de maestros, y ni les habia, ni se cuidó de buscarlos. No tenia dinero y compró una bolsa. Asi fué que en lo general no se enseñó segun él, y vino á no enseñarse nada. Esto año hay menos maestros todavía, y dicen vuestras Córtes que rija el plan del año pasado. De aquí del cielo pensábamos enviaros algunos viendo la suma escasez en que os vais quedando, pero todos se resisten á ir, porque dicen que pagan poco, y mientras se vive en el mundo *por dinero baila el perro*; asi, asi en esos mismos términos nos han contestado.

Otra cosa han hecho vuestras Córtes; que es dejar á la discrecion y prudencia del gobierno señalar el dia en que se ha de abrir el curso académico, y fijar los derechos de matriculas. Gran batalla hemos ganado! ¿Y á qué altura nos hallamos, hermano mio? San Lucas fué el 18, y nadie se ha acordado de mí.

Viene bien esto con la conversacion que tuvimos los cuatro Evangelistas luego que supimos que en España se habia proscrito el gobierno absoluto. Ahora sí que se van á montar bajo un pie brillante los estudios, decíamos todos, y se resarcirá el atraso que ocasionó en la juventud ese oscurantista de Calomarde. ¿Qué satisfaccion será para mí, decia yo, ver mi dia tan festejado como antiguamente! Nosotros sí que vamos á ser los favorecidos, replicaban Mateo y Juan, porque seremos las llaves del curso literario; ahora se cercenará la temporada de vacaciones que es demasiado larga, y no hacen en ella los jóvenes mas que olvidar lo poco que aprendieron; se abrirá el curso el dia de san Mateo, y durará precisamente hasta el de san Juan; ¿qué menos si se ha de aprovechar algo el tiempo? ¿Qué apostamos, repuso el hermano Marcos, á que soy yo mas obsequiado que todos vosotros (porque á mí se me ha dado en rendir mucho homenaje en la tierra), y aguardao á dar principio á las matriculas allá para las letanias, en el dia que se me hace á mí la fiesta? Todos nos reiamos entonces del com-

pañero Marcos; pero ya no estrañaremos que nos venza á todos.

En una palabra, carísimo Fr. Gerundio, todos aqui vemos con estrañeza el estado de abandono en que en medio de un gobierno ilustrado se halla abí en lo general la enseñanza desde las primeras letras hasta las últimas. Todos los santos me encargan que no lo echés en saco roto para tus capilladas; y á Dios, que á esta carta poco le falta ya para ser tan larga como mi evangelio: á Dios; él te traiga cuanto antes á vivir entre nosotros. Tuyo=Lucas.

-P. D. Memorias de san Crispin para Tirabeque.

Nota de Fr. Gerundio. Este San Lucas no se ha hecho cargo de la causa del entorpecimiento de los mejores planes del gobierno, que es ese famoso escolástico que anda por ahí con esos batallones cursantes de Navarros y Vizcainos, que lo mismo nos absorven las pesetas que la juventud; hágase cargo el hermano Lucas que *musce silent inter arma*. No hay peor cosa que juzgar desde muy lejos.

PROYECTO DE CONTRIBUCION DE ENGANCHE MÚTUO.

Estamos en el caso de poner en juego todos y hasta los mas mínimos resortes del ingenio para

ver de dónde han de salir las misas: quiero decir que con motivo de la prosperidad y de las felicidades en que estamos nadando, y á que hemos llegado en rapidísimo progreso, nos vamos quedando tan *paupérrimos*, que por mucho que se estire la cuerda de la economía, no se la puede hacer llegar á la clavija, y nos vamos quedando sin tono y sin voces. Ello es que la nación, los particulares y los establecimientos, todos estamos en la escala descendente, y no nos falta un trís para dejar de sonar enteramente por falta de pez griega, como las cuerdas de los violines.

Con motivo de estar oyendo hace tiempo discurrir cómo se hallará un recurso para evitar la total ruina y desaparición de un establecimiento utilísimo de beneficencia (la casa de Espósitos de esta ciudad; sobre cuya espantosa miseria y prodigiosa repoblación he tenido yá la satisfacción de dar mis capilladas correspondientes); pues le van faltando los principales medios de subsistencia con que iba malamente viviendo, gracias á la supresión de diezmos y canongías, que eran dos de sus mas socorridos y sanos arbitrios (qué punto tan largo va á salir este! tomemos aliento, sorbamos un polvo, y sigamos); digo que con ese motivo me ha ocurrido, á mi Fr. Gerundio, un proyecto de contribucion, ó arbitrio, anticipo, donativo, empréstito no reintegrable, ó sea extraordinaria de beneficencia, para atender á las perentorias necesidades de dicho establecimiento, y que podrá

acaso servir de tipo para otros repartimientos generales que se podrian hacer á la nacion, ya que, gracias á Dios, no tenemos casi ninguno encima (vino el punto, y podemos alentar de nuevo). Esta es fundada en justicia, porque contribuyen los que mas deben contribuir, que son los que ocasionan mas gastos; y es favorable á la poblacion, y mucho mas á las costumbres y á la moral, y contribuciones morales hay pocas.

Decia yo (el mismo Fr. Gerundio) que deberia echarse una contribucion de cinco, diez, ó veinte (cuestion de nombre) mensuales ó anuales (cuestion de periodo ó periodística), á todos los solteros (ó sean solterones, para designar mejor á los solteros talludos) que permaneciesen tales desde cierta edad, á juicio prudente del legislador, y cuya contribucion se iria aumentando á cada cinco años de solteria; todo con algunas riquísimas escepciones que espresase la ley.

Me parece que la justicia de esta contribucion, atendido su objeto, no puede ser mas marcada. Pero como todavia no la contemplo, ni suficiente para llenar todas las necesidades á que se destina, ni bastante banderilla para avivar la marrajeria ó pereza, cuando no sea ó repugnancia ó *sistema de oposicion* á casarse de los morlacos solterones, decia yo (el mismísimo Fr. Gerundio) que podia echarse la misma especie de contribucion, si bien mas moderada, á las solteras, tambien desde cierta edad.—Oh! que eso seria faltar á la justicia, y á las considera-

ciones que se deben al sexo...—Despacio, hermanos: déjente Vds. esplicarme, y despues juzguen Vds. Si yo no puedo proponer cosa que no redunde en utilidad de las señoras; bonito es para eso Fr. Gerundio! justamente... no; en enaño a eso... ; á donde vamos á parar! Confieso que respecto de las jóvenes, mejor diré, de las solteras, no mediou las razones de justicia que para les hombres, pero las suplen las de su misma conveniencia y utilidad. Porque supuesto esc caso, á trueque de descargarse del peso de la contribucion, ¿no andarian los padres mas solícitos en pesquisa y enganche de colocacion nupcial para sus hijas? ¿No aguzarian estas mismas su ingenio, no emplearian su destreza y ardidés, no pondrian en juego todas sus seductoras y graciosas estratagemas para el mismo justo, piadoso, y licito fin? ¿Serian los hombres insensibles á sus artificiosos halagos? lo serian al descargo de la contribucion? ¿Y por qué no habia de ser licito, permitido, usual y corriente, y hasta meritorio, el que las señoras se insinuasen con los caballeros (muy fino va siendo este language para un Fr. Gerundio), y tomasen la iniciativa para un objeto tan útil, tan virtuoso, tan santo? ¿Qué de ventajas se descubren en la contribucion de *enganche mútuo*? ¿Y qué? ¿no apesta ya de puro rancia y añeja la costumbre de que solos los hombres han de buscar, y casi casi bande escoger? ¿Y estas son consideraciones al bello sexo? Desatenciones digo yo que sou; represion de

libertad, abusos; y como abusos deben corregirse ahora, ahora que es el tiempo de hacer todas las reformas, y casi mas que todas; ahora antes que se nos marche el sol del membrillo. Ni puedo comprender como se les ha pasado á las Córtes en blanco esta reforma; pues el abuso es el mas mohoso y mas vetusco, como que no hay *antigua disciplina* a que remitirse, y el siglo marcha, y las luces le reprueban, y el pueblo se pronuncia contra él, y *todo lo de rutina*.

Las señoritas solteras, la *nubiles inunptas* (esta ya es mucha finura) gauarian un cincuenta por ciento; los establecimientos de beneficencia un ciento por cincuenta; la poblacion, siquiera siquiera un veinte y cinco; los hombres no perderian; la moral pública sacaria ventajas de consecuencia, y el sistema de reformas marcharia en debida progression. Si para ello fuese necesario plantear el principio de destruccion general, el principio de dissolution (de abusos y corruptelas se entiende) del Sr. Venegas, ¿qué inconveniente habia? El caso es reformar.

Si Fr. Gerundio y su Lego por altos juicios del Señor se hallasen por casualidad en el caso de sufrir esta reforma, si tubiesen que solventar la contribucion ó buscar su acomodo, mejor; con eso daria Fr. Gerundio un testimonio de que no es de los que piden *justicia*, y no por su casa, sino de los que la piden, aunque sea preciso empezar *por su casa*.

Pero no hay que asustarse, que este proyecto de contribucion no es de ningun Ministro de Hacienda; de consiguiente ni de los que de seguro se realizan. Nació en la extravagante mollera de Fr. Gerundio, y no hay que hacer caso de él

SOBRE LO PRIMERO QUE SALGA.

Vamos, vamos, Tirabeque, un rato hácia la feria, que tengo la cabeza como un bombo, y me vendrá bien esplayarme un poquito.—Señor, si no habrá feria.—¿Pues no la ha de haber, hombre, si la he visto yo ya de lejos?—Le parecerá á V. que la habrá y no la habrá, que ahora sucede mucho de eso: lo demas no puede haberla.—Pero ¿por qué?—Porque aunque parece que no hay una cosa, la hay.—¿Y que es? vamos.—Señor, el estado de sitio que todavia dura, y no puede haber reuniones.—Es verdad; pero ya ves que estamos como si no le hubiese. Y asi estaremos hasta que al señor capitán general ó al señor ministro de la Guerra se le antoje resolver la propuesta de levantarle, que hace mas de un mes le ha hecho el comandante general de la provincia; porque á estos les sucede lo que á los alcaldes pedáneos, que prenden y no sueltan; pueden declararnos en es-

tado de sitio, pero despues ya no pueden ellos deshacer lo que hicieron sin recurrir á la superioridad. La razon de esto no la alcanzarás tú, ni yo tampoco; lo que alcanzo es que su resultado es desvirtuar las providencias mas serias y hacerlas para algunos hasta contemptibles.—¿Qué quiere decir contentibles, señor?—Qué te dejes de preguntas, y vayamos saliendo: que tambien necesito buscar materia para alguna capillada.—¿Y sobre qué piensa V. gerundiar, señor?—*Sobre lo primero que salga.*—Los primeros que salimos somos nosotros, que ya estamos á la puerta de la calle.—Hombre, yo no soy ningun Jepté, ni ningun Idomeneo para cumplir con tanta materialidad los propósitos; quiero decir, sobre lo primero que se presente á la vista.—Pues entonces gerundie V. sobre la porqueria de estas calles, que bien lo merecen.—Imundicia, Tirabeque; has de ser mas pulero. En verdad que esto de policia urbana en Leon está bien abandonado.—Policia nacional, mi amo; ha de ser V. mas pulero.—¿Como nacional? ¿Has visto tú policia nacional? En la nacion no hay policia; no hay mas que proteccion y seguridad pública. Por cierto que hay una comision encargada de formar un reglamento de policia no hace poco tiempo, y ni noticia tenemos de sus trabajos. Pero hasta ahora no hay policia nacional: ojalá la hubiera, que buena falta hace.—Señor, no se enfade, que yo lo dije, porque como á la Milicia Urbana la llamaron despues Na-

cional, y ahora todo es Nacional, creo que á la policia urbana era mas pulcero llamarla Nacional tambien.

¿Y ahora cómo marchamos, señor? ¿Seguimos en linea reta, ó escribimos un angulo obtuso, ó quiere V. que formemos un arco de tres cuerdas con una paralela, ó una dragonal enfrente de esa calle que está ahí en el centro de aquella curva. —¿De cuando acá, Tirabeque? ¿Donde has pescado tú esos términos que acabas de ensartar tan inicuamente?—Señor, como V. tardaba tanto en venir á comer hoy (que yo no sé que arreglo tienen Vds. allá para sus negocios; eso era lo bueno que habia en el convento, que todo se hacia á sus horas al toque de campana, y así habia tiempo para todo); pues como digo, viendo que V. tardaba tanto, me puse á leer en aquel libro que V. tiene sobre la mesa todo lleno por dentro de rayas y de números, y de figuras muy raras; que segun leí en la primer hoja que está debajo del forro, le pudieron escribir algunas señoras que llaman las matemáticas, que acaso serian todas hermanas, ó de la familia. Gustóme la doctrina de aquel libro, y aprendí de memoria eso que V. me oyó; y dije para entre mí; déjate que yo he oido decir á mi amo, que muchos para figurar que saben algo leen un libro en casa, y aquello que han leído en caliente, lo encajan en la primer conversacion que tengan, venga ó no venga al caso; y así lohice yo ahora: como que V. se quedaria pasma-

do de verme explicarme así.—Tanto que me admiro de que hayas podido concertar tan desconcertados términos. Y créete, Tirabeque, que lo mismo *plus minusve* les suele suceder á los que tratan de lucirse con una erudicion á la violeta; con cuatro terminillos que prendieron con alfileres, y rabian por desembucharlos á la primera de cambio aunque peguen lo mismo que castañuelas en cen-tierra.

Señor, ahora quite V. el sombrero, que pasamos frente del Cristo de la Victoria.—Esa es otra, Tirabeque. ¿Que te parece de tener las sagradas imágenes en la calle, en una especie de portal, con la puerta abierta, siendo testigos de mil irreverencias, dicharachos y hasta abeenidades? ¡Cuanto habrá visto y oído este Cristo, hermano Pelegrín! En la calle mas pública, aquí al lado de esta taberna, las fruterías sentadas á la puerta misma; mira en este momento un soldado echándole las flores que ellos acostumbra; ¡y el Cristo viéndolo, Tirabeque! ¿No estaria mejor esta efigie en un templo, y no le seria mas acepto aquel culto, que este culto de calle?—¿Que quiere V. señor? Estamos tan ilustrados, que si se trasladase esta efigie á un templo, y se la colocase con el decoro que la corresponde, habian de decir las hermanas legas de Leon que iba la religion por tierra. La religion de calle tiene mucho partido todavia en España, señor.—Ya lo conozo, Tirabeque.

Hombre, nos hemos metido insensiblemente

entre las caballerías.—Pues ande V. con cuidado, Señor, porque el ganado mular es como los amigos, que la mayor parte salen falsos, y dan un coz cuando no más descuidado está.—En algunas cosas no pareces Lego, hombre. Vamos á ver el reconocimiento de un caballo que están haciendo allí.—Señor, cuando menos será alguna maula, llena de alifafes, y el mariscal le durá por sano y correchó.—¿También háy de eso?—Húúúú, estoy por apostar á que háy aquí caballos que en la requisa les libró un mariscal por llenos de arístines y sobre-huesos; y ahora certifica de sanidad; y entónces no valen una ónza, y ahora les hace valer tres. Pues todo lo hace con un mismo unto señor.—Calla, calla! que eres más suspicaz...!—No háy suspicacia que valga, señor, ¿V. no sabe bien lo que pásá en las quintas, y eso que aquello es más delicadé?—No murmures, Tirabeque.—Señor, si sale así de materia.—Pues vámonos de aquí, que yo estoy con miedo.

—Abi viene un comerciante, ó tendero, preguntale si trae anteojos, que tengo que tomarme unos.—Oiga V. hermano, ¿trae V. anteojos para frailes?—*Eh, comment dites vous? Lunettes pour de mains?*—Toma, y parece alemán el hombre. Anteojos de fraile, de fraile; no tratamos aquí ahora de monos; anteojos gerundianos.—*Gerundians dites vous?*—Unos anteojos para mi amo Fr. Gerundio, hombre.—*Oh! vous etes Tirabeque! oh monsieur Tirabeque! le bizarre Tirabeque!*—Bizarro ó no bizar-

ro, con V. todavía me atrevo. Y V. ¿de qué me conoce á mi? pregunto yo.—*Ah! que vous etes tres conu.....*—No hay tres con uno que valga; que yo no soy mas que un hombre, y V. otro.—*Vous ne me comprenez point.*—Sí lo compro, si señor, pero no á V.—*Toujours les memes bizarreries.*—No se dice bizarrerias, sino bazarrias. No acaban estos alemanes ó lo que son de entrar en el español: ¿V. es aleman, ó ingles?—*Par Dieu! Mr. Tirabeque! je suis francais.*—Parecia que el acento era aleman, ó asi de hácia tierra de Toro.—*¿Eh comment ne corriges vous pas, Mr. le Fr. G rudio, les extravagancés de votre Tirabeque?*—¿Que quiere V.? las estrayagancias son las que divierten á muchos. Con que veamos que clases de anteojos tiene V.—Señor, á V. no le sucederá lo que al otro que fue á comprar unos anteojos, y despues de haber hecho revolver al comerciante todos los paquetes, diciendo que con ninguno leia, le preguntó el comerciante; «¿pero V. sabe leer? y contestó el otro; pues si yo supiera leer, escusaba de andar buscando anteojos.

